

NOTAS Y COMENTARIOS

EL R.P. GUILLERMO FURLONG (1889-1974), SU CONTRIBUCION A LA HISTORIOGRAFIA FILOSOFICA ARGENTINA

Hacia poco nos habíamos escrito y no mucho que le había visitado en su celda del Salvador. El Padre Furlong representaba para mí uno de los más altos valores, sino el más que en las disciplinas históricas poseía y posee la Argentina; pero también sentía y siento por él un enorme afecto y agradecimiento. Por eso, la noticia de su muerte me afectó profundamente. Con él se había ido no solamente el historiador insigne, sino también un santo sacerdote y un generoso maestro.

Le conocí personalmente en 1955 cuando fue a Córdoba a pronunciar una conferencia, ciudad que tanto le debe por sus investigaciones y descubrimientos y en cuyos archivos persiguió acontecimientos del pasado, buceó, confrontó, comparó, valoró, y clasificó innumerables documentos. Tuve con él una inolvidable conversación suscitada por un artículo suyo sobre la primera edición de mi obra sobre Fray Mamerto Esquiú (1954); pero yo le conocía y quería desde muchos años antes sin él saberlo. El Padre Furlong me había como deslumbrado, primero, con su libro sobre *Los jesuitas y la cultura rioplatense* que conocí en su segunda edición de 1946 y donde percibí con claridad una verdad que venía persiguiendo o adivinando en mis propias investigaciones juveniles: La riqueza cultural del período de dominación hispánica y el valor del pensamiento católico sistemáticamente negado o ignorado. Venía así a confirmarme que la nacionalidad no había comenzado el 10, como por generación espontánea, sino que, todo lo contrario, el año 10 era como una eclosión del rico pasado histórico. Interesado por estas razones en el pensamiento católico argentino —escribí mi ensayo sobre Félix Frías (1948) a los veintiún años— encontraba como una continuidad espontánea con los trabajos del benemérito Padre Furlong quien me hizo notar, precisamente, algunos documentos ausentes en mi estudio sobre Frías. Pero este encuentro intelectual con el Padre Furlong implicaba, por un lado, una ya extensa obra referente a la cultura filosófica del país y, por otro, la culminación de todo aquel enorme esfuerzo en una obra madura y capital sobre el nacimiento y el desarrollo de la filosofía en el Río de La Plata, publicada en el año 1952.

En efecto, si perseguimos los antecedentes de esta obra, tendremos que retroceder a los mismos comienzos de la vida intelectual de Furlong pues el mismo Padre narra cómo, en 1944, don Enrique Peña le incitó a estudiar los aspectos inéditos de nuestro pasado, especialmente los referentes a la cultura y socinbi-

lidad en el Río de La Plata con anterioridad a 1810: "Es el campo menos roturado y por eso, le decía, más desconocido". Por este camino, Furlong llegaría a demostrar que el pensamiento filosófico argentino no había comenzado contradictoriamente sin antecedentes poco después de 1810. Pero aún faltaba recorrer un largo camino. Uno de los primeros y de enorme utilidad fueron las investigaciones sobre el origen de la imprenta comenzados en 1918 y culminados bastante más tarde en la gran obra sobre *Historia y Bibliografía de las primeras imprentas rioplatenses* (3 vols., 1953/8) respecto de la cual debe aparecer aún un cuarto tomo. En esta obra y gracias a esta obra, he podido encontrar escritos filosóficos de importancia para la historia del pensamiento nacional y, en una reciente ocasión, por indicación expresa del Padre Furlong. Después, vienen sus numerosos estudios sobre personajes del pasado cultural; pero a la filosofía interesan algunos como el referido a la personalidad de Thomas Falker (que cursó sus estudios filosófico-teológicos en Córdoba donde también enseñó) y, sobre todo, su primera publicación sobre el insigne pensador Domingo Muriel respecto del cual aportó datos y documentos que, muchos años después, he podido utilizar en la reconstrucción total de su pensamiento teórico. A esto se agregan sus volúmenes sucesivos sobre Cultura Colonial Argentina, de entre ellos aportan elementos muy valiosos para la historiografía filosófica, *Bibliotecas Argentinas durante la dominación Hispánica* (1944) y *Matemáticos Argentinos* (1945); invaluable su serie de veinte tomos sobre "Escritores Coloniales Rioplatenses", para nuestro interés filosófico particularmente los dedicados a José Manuel Peramás (cuya comparación y doctrina sobre la República de Platón y la república de los guaraníes debe ser filosóficamente analizada), a Thomas Falker, a Domingo Muriel, a Ladislao Orosz, a Manuel Querini. Pero, como todos sabemos, tanto esfuerzo había de culminar en una obra magna: *Nacimiento y desarrollo de la filosofía en el Río de La Plata. 1536-1810* (1952). En el momento mismo de su aparición me percaté de su extraordinaria importancia historiográfica, dedicándole algo más que un mero artículo bibliográfico, pues publiqué un pequeño ensayo muy minucioso sobre este libro extraordinario (Córdoba, 1953) editado también como separata o tirada aparte. Sería demasiado extenso y excesivamente prolijo para una mera crónica como la presente, señalar las rectificaciones de juicios hasta ese momento totalmente equivocados, la anulación de prejuicios injustos (que, como decía el Padre, le hacían "hervir la tinta en la pluma"), la publicación de numerosos datos sobre códices hasta entonces desconocidos y en su gran mayoría descubiertos por el Padre Furlong con esa especie de "instinto" que poseía para encontrar cosas, la exposición de los contenidos de obras de pensadores hasta ese momento desconocidos: todo esto significó que más o menos el 70 % de toda la obra podía considerárselo inédito. Y a esto habría que agregar su tesis acerca del pensamiento insiprador de la Revolución de Mayo (la doctrina suareciana sobre el poder asimilada por los próceres de la independencia formados en Córdoba y en el Real Colegio de San Carlos) que comparto, con algunas observaciones y matizándola un poco. Para la historiografía filosófica argentina habrá pues siempre una fecha: 1952. Es decir, *antes y después* del libro del Padre Furlong. Por eso, me limito a callar cuando escucho algún juicio un poco peyorativo sobre la obra de Furlong porque no habría utilizado tal o cual técnica muy estricta en el tratamiento de códices, en la valoración crítica de manuscritos o ediciones... Además de no ser esto muy verdadero pues el Padre no mostraba en la superficie de su prosa la erudición y su propia técnica en la investigación, quienes así se expresan siempre o casi siempre *dependen* de los descubrimientos y del trabajo previo del Padre Furlong.

De esta ingente tarea historiográfica pueden seguirse una multiplicidad de conclusiones, pero en esta ocasión quisiera señalar solamente tres: a) El tema de América que, como se ve, no ha sido un reciente descubrimiento de "expertos" en "liberación", sino una constante en muchos pensadores del período hispánico. Precisamente su propio pensamiento teórico emerge de la perspectiva americana de su visión de lo real (Tejeda, Muriel, Peramás, del Corro, Funes y muchos otros); b) El sentido de la Revolución de Mayo como consecuencia de una larga maduración histórico-doctrinal y que en modo alguno corta la tradición católica e hispana que alimenta nuestro federalismo nacional; e) En el orden teórico y filosófico, pónese en evidencia la continuidad esencial del pensamiento y, de paso, la inconsistencia de algunas tesis hegelianas que interpretan el año 10 como un corte esencial con el pasado hispánico.

Precisamente poco después de la publicación de esta obra, comenzó mi esporádico trato personal o epistolar con el Padre Furlong y que vale la pena rememorar por sus consecuencias: Al ocuparse en aquella generosa nota (como todas las suyas) de la primera edición de mi libro sobre Esquiú, el Padre me lanzaba un desafío: Si habría de ser yo quien escribiera la Historia de la Filosofía en la Argentina o habría que esperar a otro. Esto tuvo un doble efecto: por un lado, acució e impulsó mi trabajo y, por otro, me apabulló un tanto ante la magnitud de la tarea. Le expresé al Padre que él ya había escrito la historia hasta 1810 y me contestó con ejemplar modestia: "No, yo sólo he escrito la crónica; usted debe escribir la historia de las ideas". Y ahora ha llegado la hora de declarar que estoy escribiendo la *Historia de la filosofía en Córdoba* desde 1610 hasta 1975 abarcando alrededor de mil páginas y que esta obra *jamás hubiese sido posible sin el aporte insoslayable del Padre Furlong*, como lo pondré en evidencia desde el prólogo mismo. Su obra ha constituido en gran medida una como estructura anticipada y básica de mi propia investigación y a ello es preciso agregar alguna indicación, alguna sospecha, alguna palabra en una carta que me llevó a descubrir sectores inéditos del pensamiento nacional. Por ejemplo: "Véalo a Monseñor Vergara en Salta; él debe saber dónde está ese manuscrito". Y, naturalmente, encontré en Salta el códice indicado al que el Padre Furlong había visto rápidamente cuarenta años antes. Y otro ejemplo: en carta del 29 de mayo de 1970, al cabo de una serie de datos y reflexiones me decía poéticamente: "He de tener, por ahí, otras no pocas notas que a Ud. le podrán servir, y veré de hallarlas y enviárselas (por desgracia nunca las recibí). *Ars longa, vita brevis* o, como escribió mi querido Longfellow: *art is long and time is fleeting —and our hearts though stout and brave still are beating— funeral marches to the grave*. Con mis 81 a cuestas, ya la memoria me falla en gran forma". Y un día me hizo el gran honor de tratarme de colega en el oficio de "resucitador de muertos", es decir, de "hombres beneméritos enteramente olvidados o injustamente olvidados" (carta del 13 de mayo de 1972).

Espero, aunque sea modestamente, cumplir los deseos del Padre Furlong porque está en mis planes, después de terminado el libro sobre Córdoba, hacerlo extensivo a todo el país. Y más allá de ese proyecto en ejecución, informo a ustedes que, repartiendo el trabajo por países o zonas y autores especializados, la Asociación Latinoamericana de Filósofos Católicos prepara una gran *Historia de la filosofía latinoamericana* en aproximadamente tres volúmenes. La muerte del Padre Furlong nos ha privado de su valioso concurso, de la consulta pronta y de sus sabios consejos; como coordinador general de la obra en América Latina, siento más que nadie la ausencia del consejo del Padre Furlong.

¿Qué decir de la constante contribución del Padre Furlong a la historiografía filosófica argentina con posterioridad a 1952? Sus numerosos artículos, ciertos aspectos de su volumen sobre Castro Barros (Academia del Plata, 1961) y esa monumental reunión de todo su aporte en los tres grandes y bellos volúmenes sobre *Historia social y cultural del Río de La Plata* publicados con ocasión de sus ochenta jóvenes años. En Córdoba, la Comisión formada con motivo de los cuatrocientos años de la Ciudad, tiene ya en su poder una obra inédita del Padre Furlong titulada *La Ciencia Sagrada en la Universidad de Córdoba* (poco más de cien páginas) destinada a historiar la Teología en la más antigua Universidad del país y de gran trascendencia e influencia en la formación del pensamiento argentino. Ese trabajo del Padre Furlong debe formar parte, junto al de otros historiadores e investigadores, de un gran volumen de historia de la Universidad de Córdoba en sus diversos aspectos culturales. Y aún esperamos que un día se publiquen sus otros trabajos inéditos (más de cincuenta volúmenes) desde los cuales proseguirá el Padre Furlong ejerciendo su venerable magisterio.

El aporte del Padre Furlong a la historiografía de la filosofía en la Argentina ha sido y es capital, insoslayable, imprescindible; se esté o no de acuerdo con muchos de sus juicios habrá que contar con los resultados de su investigación. Y más allá de todo ello, todos los que le conocimos recordaremos siempre su fidelidad total a la Santa Iglesia Católica Romana, su extrema sensibilidad sacerdotal, su inocultable sufrimiento ante el llamado proceso de desacralización que le sirvió como vía de un supremo y final desprendimiento. Por eso estoy seguro que murió desasido de todo y entregado del todo al Señor que le habrá acogido en su seno como al siervo fiel. Así, he tenido el singularísimo privilegio de haber sido probablemente el destinatario de la última carta escrita por el Padre Furlong en su vida y que yo recibí cuando él ya estaba en el Cielo. Aparecida entre sus papeles, cerrado el sobre y con mi nombre y dirección, escrita espontáneamente la misma mañana de su muerte, no alcanzó a echarla al correo; por eso, como me dijo el P. Quiles, me la envió desde el cielo más de tres meses después. En ella, al final, me dice que "día a día, en la Santa Misa, *nominatim* le encomendaré al Señor, para que Él bendiga su persona y su hogar". Como una especie de rescoldo, aún perdura en mí la emoción de sus líneas póstumas y estoy seguro que rezará por todos en la Misa Eterna que celebra en el Cielo de cara a Dios.

ALBERTO CATURELLI

BOLETIN DE FILOSOFIA DE LAS CIENCIAS

* Estimamos oportuno introducir este nuevo *Boletín* con la "Introducción a la filosofía de la ciencia" del filósofo mexicano Jorge A. Serrano.¹ Ya desde sus mismos comienzos declara el autor, modestamente, que su libro no es más que "una introducción a la filosofía de la ciencia. No pueden encontrarse en él sino señalamientos, direcciones con objeto de que un estudio más pormenorizado pudiera entregar algo más profundo sobre este tema, hoy en día tan debatido. Tómese, pues, en cuenta la naturaleza de esta obra..." (p. 11).

Desarrolla así Serrano su cometido articulándolo según tres partes fundamentales.

¹ J. A. SERRANO, *Introducción a la filosofía de la ciencia*, Ed. Progreso, México, 1973, 265 pp.